Cómo visitar RPDC

Visitar RPD Corea es relativamente sencillo, aunque hay que tener en cuenta que, al menos mientras las condiciones vigentes en el momento de escribir estas líneas se apliquen, no va a ser un viaje convencional. Para empezar, no existe la posibilidad de realizar viajes por libre: es obligatorio haber cerrado de antemano un paquete con alguna agencia u organismo, que se encargará de reservar los billetes de avión o tren, los hoteles, los coches o autobuses necesarios y el plan de visitas –con los salvoconductos necesarios para pasar todos los *checkpoints* militares que haga falta–, así como las entradas a los distintos museos y demás. Hay que decir que, *a priori*, un viaje a RPD Corea puede parecer caro porque hay que pagarlo todo de antemano y la cifra puede ser respetable, pero en contrapartida, una vez en el país apenas tienes que gastar nada porque también la comida y la bebida –incluida la cerveza, curiosamente– ya vienen incluidas. Así que, si hacemos cálculos, un viaje a Corea del Norte no tiene por qué ser mucho más caro, todo sumado, que a otro país, en condiciones similares de bastante confort.

Una vez llegados a Corea, estaremos siempre acompañados de dos guías y un conductor, aunque seamos un solo viajero. Los guías van a ser nuestra principal fuente de información sobre el país y nuestros cicerones. Algunos hablan de ellos en términos de "vigilantes" más que de "guías", ya que una de sus funciones, aparte de la de hacer puramente de guía, es procurar que ninguno de los viajeros a su cargo haga ninguna tontería. Una de las tonterías más comunes es tratar de "escapar" de la vigilancia de los guías y salir a dar una vuelta por los alrededores del hotel o donde sea. En inglés, por cierto, vi una vez que se referían a ellos como *minders*, lo que me pareció muy acertado, aunque no encuentro una palabra equivalente en español: *minder* (literalmente "alguien que se preocupa o se ocupa de ti") tiene el significado de "vigilante", pero también de "guardaespaldas" y "escolta", o incluso de "niñero".

Muestra del visado en el caso de que nos lo peguen en las páginas de nuestro pasaporte.

> No existe la posibilidad de viajar por libre a Corea del Norte: siempre nos asignarán dos guías y un conductor.

Independientemente de que estemos acostumbrados a ir por donde queramos y a explorar rincones tanto en nuestro país como cuando viajamos por ahí, es importante saber manejar la frustración (para mí, un explorador incansable de rincones y sitios curiosos en mis viajes, ¡algo así es mortificantemente frustrante!) y no hacer nada que no se suponga que debamos hacer. Lo mejor que te puede pasar si haces alguna estupidez es que alguien avise a los guías y al hotel y te caiga una pequeña "bronca" a tu regreso o al día siguiente. Pero hay que tener en cuenta que eso afectará al ambiente del resto del viaje, ya que este tipo de sucesos pueden acarrear consecuencias bastante más serias para el guía que para el viajero. Y lo peor que te puede pasar... bueno, solo hay que conocer el caso de Otto Warmbier (pág. 164) para darse cuenta de que en Corea no se andan con chiquitas cuando alguien ofende a sus líderes o a su sistema.

Dicho esto, de nuevo, para visitar RPD Corea es necesario apuntarse a un tour con una de las varias agencias que ofrecen paquetes de viaje al país o bien ir como voluntario o invitado de alguna delegación. Lo segundo se puede conseguir con organismos como Choson Exchange, mientras que lo primero nos lo pueden solucionar agencias como Koryo Tours, KTC, Juche Travel Services, Lupine Travel, Young Pioneer Tours, Regent Holidays o, en España, Travelcorea. Algunas de estas agencias, como Koryo Tours –la más activa e importante– están basadas en Pekín, por lo que un viaje incluirá casi siempre un *briefing* previo en sus oficinas pekinesas. ¿Y por qué Pekín? Pues porque es casi la única puerta de entrada a Corea del Norte, que solo mantiene vuelos regulares con la capital china y la ciudad rusa de Vladivostok, así como un servicio de tren directo entre Pekín y Pyongyang. Por eso, casi todo viaje a RPD Corea empieza por una escala en Pekín. Por cierto, el vuelo a la capital china no suele estar incluido en el paquete y probablemente lo tendremos que

Una calle de Pyongyang (arriba) y una de Seúl (abajo).

Diferencias entre las dos Coreas

Cuando he hablado sobre mis dos viajes a RPD Corea a personas que apenas conocen nada sobre el tema me han preguntado si había diferencias entre Corea del Norte y del Sur. ¡Que si hay diferencias!

Pese a que actualmente la península coreana está dividida en dos estados, como nación ha sido durante milenios siempre una sola, con la misma historia, cultura, idioma... La separación se produjo después de la liberación del país en 1945 (ver página 30), hace "apenas" 70 y pico años. Sin embargo, estas siete décadas han marcado una diferencia abismal a día de hoy entre los dos territorios.

Un creador de ficción política se podría plantear el siguiente argumento para un libro, película o serie televisiva: "¿qué pasaría si una misma nación se separara en dos facciones, una con un sistema capitalista y otra con un sistema socialista, que cortaran totalmente el contacto entre sí y evolucionaran cada una a su propia manera?" Lo que pasa es que en el caso de Corea no se trata de ficción: es la realidad. Una realidad que solo se puede definir con el adjetivo "dramática".

Efectivamente, en el momento actual tenemos dos Coreas totalmente antagónicas. En el norte encontramos un sistema socialista de estilo clásico. La gente vive de forma sencilla y viste y se peina de forma siempre correcta y conservadora, el gobierno tiene unas particularidades muy concretas basadas en una idea, la *juche*, que garantiza vivienda, educación, sanidad y trabajo a sus conciudadanos –tampoco, me dicen, tienen que pagar impuestos– que, en cuestión de tecnología puntera para uso civil, está en un estadio definible como embrionario, y cuya arquitectura contemporánea tiene un estilo totalmente único. Asimismo, los norcoreanos insisten en que en su país no hay paro, mendicidad, prostitución ni drogas, aunque ciertamente es algo complicado de verificar para el visitante constreñido a un programa de visitas y acompañado siempre de un mínimo de dos personas norcoreanas.
En el sur, en cambio, tienen la más avanzada tecnología, es una de las economías más poderosas del mundo, y tiene moda estrafalaria, rascacielos y neones, grupos de k-pop y una de las mejores cinematografías del mundo en los últimos años. A toda esta cara tan amable, sin embargo, hay que contraponer los problemas típicos de este tipo de sociedades, como los que mencionábamos antes.

Si, para un occidental, visitar Corea del Sur ya es una experiencia de "exotismo", pese a tener modelos y formas de hacer parecidos a los occidentales, Corea del Norte es ya... otra cosa. Nada que ver. A ambos lados del paralelo 38 podemos ver el mismo tipo de gente con el mismo tipo de facciones, escuchar el mismo idioma, comer el mismo tipo de comida, disfrutar las mismas danzas y canciones tradicionales y aprender sobre la misma historia... Hasta 1948.

Visitar las dos Coreas es, literalmente, como entrar dentro de la obra de ficción política de la que hablábamos antes y presenciar la brecha entre la victoria del socialismo, por un lado, y del capitalismo, por el otro, sobre una misma nación. Y en el mundo real.

Corea del Norte vista desde Japón

Por parte de Japón, Corea del Norte se percibe como una peligrosa amenaza para su estabilidad y seguridad nacional y no existen relaciones diplomáticas entre ambos países. Los constantes mensajes en clave de amenaza que llegan desde Pyongyang ciertamente no ayudan a que el clima se calme. Otro tanto puede decirse de las pruebas balísticas que RPD Corea ha realizado en varias ocasiones lanzando misiles –¿o son cohetes de lanzamiento de satélites artificiales, como alega el gobierno norcoreano?– que han atravesado el espacio aéreo y el territorio japonés para ir a caer en medio del océano Pacífico. Ni que decir tiene el tema de las pruebas nucleares y la constatación de que RPD Corea posee no solo misiles intercontinentales sino también bombas de hidrógeno.

> Las pruebas balísticas y nucleares, los secuestros de japoneses en los años 1970 y la constante verborrea agresiva norcoreana son los temas más candentes en Tokio ante Pyongyang.

朝日新聞

北朝鮮、ミサイル発射

沖縄通過し、フィリピン沖落下

号外

2面に「角田美代子容疑者自殺」

Número extra del periódico japonés *Asahi* en el que se informa de un lanzamiento de mísil norcoreano, el 12 de diciembre de 2012.

Tampoco ayuda el hecho de que, en 2002, Kim Jong Il reconociera abiertamente que su país había secuestrado en los años 1970 a varios japoneses para utilizarlos, supuestamente, como profesores de lengua y cultura japonesas. En aquella época, Pyongyang mandó algunas lanchas a zonas costeras niponas y raptó a personas que paseaban en solitario o en pareja por playas desiertas. Cuando Kim Jong Il reconoció el hecho, una enorme ola de indignación recorrió Japón: tras duras negociaciones, cinco de estas personas pudieron regresar a su país natal (incluida una mujer que, en Corea del Norte, se casó con un soldado desertor estadounidense, con lo que la carambola se hizo mucho más complicada por la situación del marido), mientras que los demás, supuestamente, habían muerto –en circunstancias no especificadas–. La parquedad de las explicaciones dadas por el gobierno norcoreano sigue indignando a los japoneses, y los políticos y los medios se aprovechan de ello para azuzar a la población.

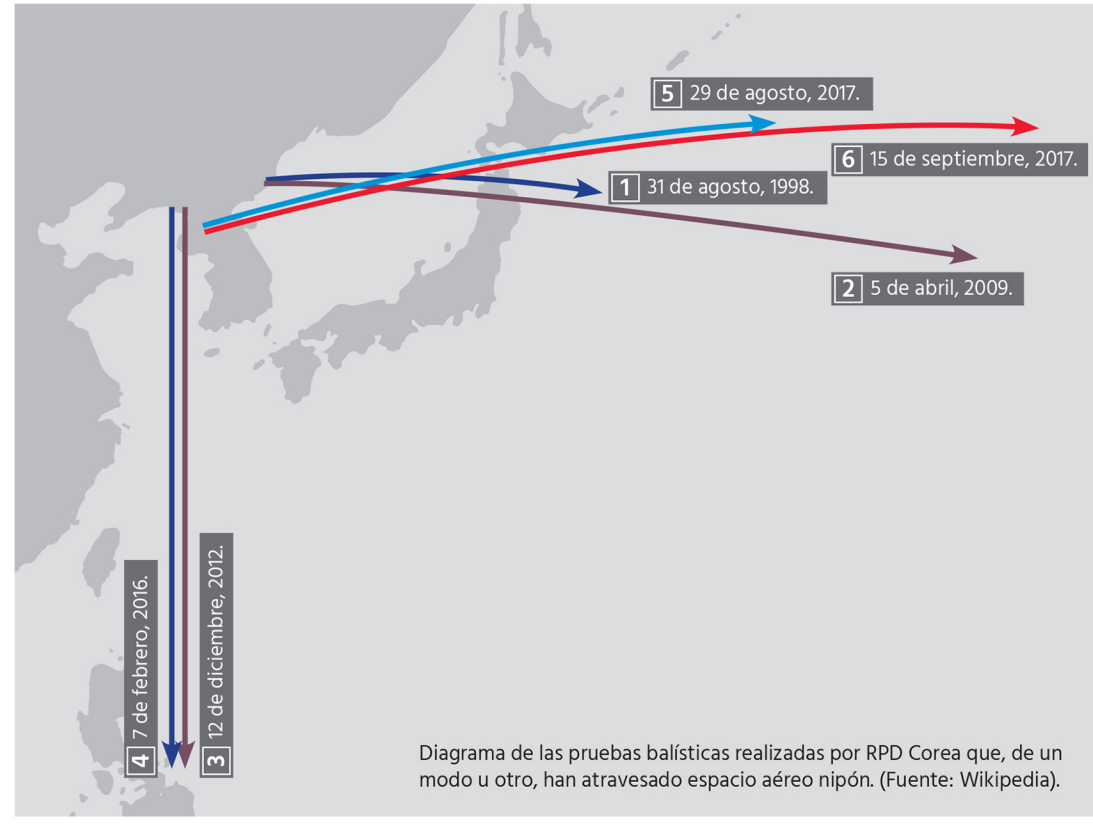

Diagrama de las pruebas balísticas realizadas por RPD Corea que, de un modo u otro, han atravesado espacio aéreo nipón. (Fuente: Wikipedia).

En Japón, la sensación de miedo y psicosis con respecto a Corea del Norte es evidente, y todos mis amigos japoneses me miran como si estuviera completamente ido cuando les cuento mi interés por el país y les digo que, efectivamente, lo he visitado y que no es para tanto. Por sus miradas y lo rápido que esquivan la conversación y la encauzan hacia otro tema, mucho me temo que no me creen. Así, a día de hoy, las diferencias parecen irreconciliables. Ojalá la situación cambie con el tiempo y esta brutal desconfianza mutua decrezca a niveles más asumibles.

Histórico segundo encuentro en Pyongyang de Kim Jong Il y el primer ministro japonés Jun'ichirō Koizumi en 2004. © Kyodo.

De inmersiones en la política y sociedad y monumentales conciertos

Quedamos en que saldremos del hotel a las 8 AM, y la consigna es ir vestidos de modo formal, con traje y corbata. Me calculo los tiempos para dormir lo máximo posible y aun así ser puntual, pero me despiertan a las 6:20 con una llamada en la que me dicen que "debo apresurarme". Desorientado y medio asustado, bajo inmediatamente y no encuentro a nadie (¡realmente me aseo y visto a toda pastilla!). Poco a poco van bajando mis compañeros de viaje, a los que han despertado de igual forma y que también bajan con legañas en los ojos. Acabamos deduciendo que es una táctica para que no lleguemos tarde, pero en realidad somos un grupo muy disciplinado y siempre llegamos antes incluso que los guías a todas las citas posteriores (¡toma ya!).

A las 8, sí, a la misma hora que habían dicho, nos embarcan a todos en múltiples buses y nos llevan a la parada imprescindible de todo visitante a Pyongyang, el epicentro de la mentalidad *juche*. Ha llegado el momento de presentar respetos y una ofrenda floral ante las grandes estatuas del Gran Líder Kim Il Sung, fundador y guía espiritual de RPD Corea, y todavía hoy, 24 años después de su muerte, "presidente eterno" de la misma, y de Kim Jong Il, el Querido Líder, en la colina Mansu. Las estatuas, chapadas de bronce, enormes, lucen majestuosas sobre una pequeña colina con numerosos espacios verdes perfectamente cuidados.

> El primer acto oficial al que nos toca acudir es la visita y la ofrenda floral a las estatuas de los líderes en medio de un solemne ambiente que eriza el vello.

A los lados de las estatuas de los líderes, dos impresionantes conjuntos escultóricos que representan a soldados lanzándose a la guerra. Alucino. Suena una música solemne, a bajo volumen, en el lugar. Reina un extraño silencio pese al gentío que hay, ya que es la víspera del gran día de celebración. Entramos por un lateral para encontrarnos las estatuas de los líderes inmediatamente a nuestra izquierda; la visión es estremecedora. En un momento dado, giro la vista a la derecha y veo, en las escalinatas de acceso, incontables personas, muchas de ellas vestidas con uniforme militar, que esperan a que nuestro grupo de extranjeros realice la ofrenda floral. La

Pyongyang amanece entre la bruma matinal, que muy pronto se despejará.

imagen, distorsionada por el sol matutino y la ligera bruma que aún queda, es espeluznante. A lo lejos, el impactante macromonumento a la fundación del Partido de los Trabajadores, con sus tres manos sosteniendo una hoz, un martillo y un pincel (ver página 214).

¡Realmente estoy en Corea del Norte! Tengo los pelos de punta, la sensación es difícil de expresar con palabras, apenas atino a hacer alguna foto medio furtiva. Alguien del grupo realiza la ofrenda floral (no alcanzo a ver quién es porque estoy un poco lejos y encima voy boquiabierto con todo lo que tengo alrededor) y rápidamente nos sugieren apartarnos para dejar paso a la gente que espera. Me quedo con las ganas de ver y vivir con un poco más de tranquilidad el ambiente del lugar, sobre todo en un día más sosegado; me consuelo pensando que tal vez más adelante podremos volver (*spoiler*: no volvemos). Aun así, la primera bofetada de realidad norcoreana me golpea fuerte en la cara. Estoy alucinando: ¡me encuentro en el corazón mismo del país más hermético del mundo!

Las majestuosas estatuas de Kim Il Sung y Kim Jong Il, el lugar más sagrado de Corea del Norte.

a ser una marchita precisamente. No sé qué hemos venido a ver, pero desde luego promete: otro gran fasto al que tengo el enorme privilegio de asistir. Nos cuentan que hace tres años que no se celebra una marcha de antorchas como esta. Entre el concierto, el desfile, los *mass games* y esto, ¡estoy haciendo el pleno al quince!

> Estaba un poco decepcionado por no haber podido ver Kaesong, pero desde luego lo que hemos podido ver esta noche lo supera de lejos.

De nuevo mosaicos humanos, esta vez con antorchas encendidas: los chicos forman todo tipo de caracteres y diseños sin parar. El espectáculo resulta sencillamente inolvidable. © Democratic People's Republic of Korea Pictorial n.º 753

Nos sentamos en las gradas de la Gran Casa de Estudio del Pueblo, con la plaza Kim Il Sung engalanada para la ocasión y la torre de la idea *juche* justo enfrente, iluminada. No hay nada de publicidad en ninguna parte, solo simbología y eslóganes socialistas. Es algo sin duda digno de verse. Una concepción totalmente distinta. Algo que, en estos momentos, no tiene igual en el mundo.

Se va haciendo de noche y aparecen los jóvenes portando antorchas encendidas. La visión es espectacular. Se quedan en formación en la plaza a la espera de que lleguen las autoridades. Cuando llegan (no viene Kim Jong Un esta vez) se inicia un espectáculo absolutamente sobrecogedor. Yo que me imaginaba una manifestación con antorchas... iluso de mí. Estoy todo el rato boquiabierto, soltando "ooohs" uno detrás de otro. Lo que pasa ante mis ojos es, a falta de una expresión mejor, demencialmente alucinante.

Los jóvenes empiezan a trazar, en el suelo de la plaza, todo tipo de dibujos y consignas ayudados del fuego de las antorchas. Desde el símbolo del Partido de los Trabajadores a la bandera norcoreana, pasando por todo tipo de letras con consignas y el mapa de Corea (entera, faltaría más, y que incluye los islotes Tok, ver página 13). Incluso a veces realizan movimientos coordinados para representar oleaje o una bandera ondeando, por ejemplo. De traca. En todo momento, los chicos están gritando consignas y muchísimos *manse* con gran energía. Realmente sobrecogedor.

No me siento capaz de explicar con palabras lo que he visto esta noche. Solo que me he quedado total y absolutamente anonadado ante, de nuevo, un espectáculo increíble, con coordinación perfecta, y digno de otra época. ¿Cómo demonios se orientan en la plaza a oscuras? ¿Realmente pueden ver bien las marcas en el suelo para situarse correctamente? ¿Cómo pueden realizar tantísimas variaciones en cuestión de una hora, que es lo que dura el *tour de force*? Y me cuentan que apenas han estado practicando dos meses y medio...

El espectáculo termina con un espectacular castillo de fuegos artificiales, precioso. Al terminar, los muchachos se quedan parados, en formación, en la plaza. Tardamos un momento en reaccionar, hasta que el guía nos indica que debemos irnos ya, que el espectáculo ha terminado. Efectivamente, los chicos, en vez de retirarse, se han quedado allí para despedirse solemnemente de nosotros, en perfecto silencio y antorchas encendidas en mano. Es muy extraño. Acabo de presenciar otro espectáculo espeluznante y, encima, de nuevo, en posición privilegiada. Nos desplazamos al autobús, de nuevo bastante lejos, llegamos al hotel, cenamos y a dormir. Otro día intenso.

El avión de Pekín a Pyongyang despega a las 14:00, una hora muy cómoda para tomárselo con calma, hacer un poco de ejercicio por la mañana para desentumecer las piernas con vistas al maratón del domingo y seguir trabajando en este libro. Me dirijo al aeropuerto y allí tampoco encuentro ningún contratiempo: la cola de facturación es bastante larga, pero nada exagerado. Eso sí, prácticamente todos los viajeros, esta vez, son occidentales: no es nada difícil deducir que forman parte del gran grupo de la agencia Koryo Tours que, al igual que yo, participan en el maratón del domingo. Efectivamente, ¡no soy el único loco occidental que ha tenido la idea de correr 42 125 metros por las calles de Pyongyang!

En la cola de facturación veo también a tres o cuatro atletas con aspecto de keniata: no me cabe duda de que uno de ellos será el ganador el domingo. Una curiosidad es que hay un pequeño equipo de la televisión japonesa TV Asahi, a los que conocí en la embajada pekinesa de RPD Corea un par de días antes.

Un miembro del equipo de TV Asahi realizando algunas tomas.

Me sorprendió que fueran japoneses porque tenía entendido que ese pasaporte está prácticamente vetado en RPD Corea, así que me dirigí a ellos en japonés para preguntarles. Tras su lógica sorpresa al encontrarse con un occidental hablando japonés en la embajada norcoreana de la capital china (¡combo múltiple!), me dijeron que "como turista no, pero si es por motivos de trabajo sí se permite a los japoneses viajar al país".

> En la cola de facturación del aeropuerto de Pekín constato que, efectivamente, no soy el único occidental dispuesto a correr un maratón en Pyongyang.

Cuando me ven en la cola de facturación, me saludan y aprovechan para hacerme unas pocas preguntas ante la cámara: están realizando un programa sobre el maratón de Pyongyang y posiblemente apareceré en la televisión japonesa dentro de unos días. ¡Si finalmente eligen mis declaraciones –hay muchos números, ya que un occidental hablando japonés que va a participar el maratón de Pyongyang, otra cosa no, pero curioso lo es un rato– sin duda, muchos de mis amigos japoneses me verán! Ya veremos qué pasa (*spoiler* posterior: efectivamente salí y muchos de mis amigos japoneses me llamaron a raíz de ello).

El resto del trámite es relativamente rápido y en cuestión de poco tiempo me encuentro en el avión Tupolev de Air Koryo. Se repite la misma historia de la primera vez con las hamburguesas y todo lo demás. Esta vez, como a la vuelta del primer viaje, me toca ventanilla, pero no alcanzo a observar demasiado porque el cielo no está muy limpio y el suelo apenas se divisa.

Descendiendo hacia el aeropuerto de Pyongyang. Tras el largo invierno, los campos están todavía yermos, pero pronto adquirirán ese verdor tan intenso que vi el septiembre pasado.

Sin más novedad, aterrizamos en Pyongyang y empiezo todos los trámites de entrada al país. Primero, entregar el papelito de cuarentena, en el que hay que especificar en qué países has estado los últimos 10 días y si tienes síntomas de fiebre, malestares, y demás. Segundo, el trámite de entrada propiamente dicho, con otro impreso a rellenar, comprobación de pasaporte y visado, y sellado. Después, la espera hasta que salga la maleta. Y, finalmente, el chequeo de equipaje, en el que hay que entregar el enésimo formulario declarando lo que llevas y donde hay que mostrar el teléfono móvil, ordenador, tableta y libros.

Y aquí es donde me encuentro la primera gran diferencia con respecto al primer viaje, porque comprueban los libros que llevo y me requisan las dos guías de viaje que llevaba conmigo: la 3ª y 4ª ediciones de *North Korea* de la editorial Bradt. Me dicen que estos libros no se admiten en el país porque cuentan cosas muy sesgadas sobre él, que son

Los dos libros requisados.

totalmente inadmisibles, y cuando pregunto si al menos los podré recuperar a la vuelta me dicen que no. Bueno, ya los volveré a comprar cuando llegue a casa...

Por un lado, me molesta que me quiten los libros, porque son una lectura apasionante y una fuente de información constante sobre el país y sobre las áreas que voy a visitar. Sinceramente, yo no los encuentro sesgados, sino en general tan respetuosos y con ánimo de neutralidad como este mismo (eso sí, en algunos párrafos los autores se dejan llevar un poco más, aunque en mi opinión nunca de forma exagerada).

El Man Gyong Bong 92

En el año 2002 yo estaba viviendo en Osaka, Japón, y Corea del Norte era noticia porque, hacía poco, Kim Jong Il había reconocido abiertamente que su país, efectivamente, había secuestrado a varios japoneses a finales de los años 1970 para utilizarlos como profesores del idioma (ver página 42).

El barco Man Gyong Bong 92 anclado en el puerto de Wonsan.

Japón entero se indignó sobremanera y, tras muchos tiras y afloja durante bastante tiempo, una de las respuestas del gobierno nipón fue cesar en 2006 el vínculo marítimo que unía ambos países, concretamente las ciudades de Wonsan y Niigata, con el barco Man Gyong Bong 92. Japón tiene muchos residentes de nacionalidad coreana*, incluso de segunda, tercera o hasta cuarta generación, descendientes de inmigrantes –forzados durante la ocupación de Corea por parte de Japón (1910-1945) y la Segunda Guerra Mundial, o bien voluntariamente emigrados–, y este barco era la única forma directa en la que podían desplazarse a su patria.

A pesar de las acusaciones japonesas de "barco espía" o "barco de secuestradores", lo cierto es que este buque era un valioso enlace con la patria para la importante comunidad norcoreana en Japón: fue gracias al Man Gyong Bong 92 que entraron en Corea del Norte divisas y todo tipo de productos, incluso coches y mercancías de gran volumen. En la época en la que viví en Japón, por lo tanto, el nombre de este barco no paraba de sonar en las noticias niponas y tenerlo justo delante, hoy, para mí ha sido una gran sorpresa. El barco está ahora, salvo algún servicio muy irregular, permanentemente anclado en Wonsan. Desde el cese del servicio, los norcoreanos residentes en Japón no tienen más remedio que viajar a su patria a través de Pekín o Vladivostok, lo que dificulta y encarece muchísimo los viajes.

** Algunos optaron por la nacionalidad surcoreana y otros por la norcoreana, e incluso hoy en día es posible cambiar de una a otra si se desea, con solo solicitarlo, o hasta, por supuesto, pedir la nacionalidad japonesa, algo que muy pocos hacen por puro nacionalismo a pesar de hablar solo japonés y comportarse exactamente igual que el japonés medio. En Japón llaman a los residentes de nacionalidad coreana* 在日韓国人 *zainichi kankokujin (literalmente "surcoreanos residentes en Japón") o* 在日朝鮮人 *zainichi chōsenjin ("(nor)coreanos residentes en Japón"), a menudo abreviado a zainichi ("residente en Japón") un término que, indudablemente, tiene un deje despectivo ya que muchos no son simples "residentes", sino que han nacido y se han criado allí. Especialmente los norcoreanos están muy bien organizados bajo el paraguas de la asociación Chongryon y, entre otras cosas, cuentan con un sistema de unas 60 "escuelas étnicas" (*民族学校 *minzoku gakkō) que ofrece educación de estilo norcoreano. Al respecto, recomiendo mucho la película japonesa* GO*, dirigida por Isao Yukisada: aparte de ser una gran película, con ella es posible entender perfectamente la problemática de este colectivo.*

Hermosa escena de abuelo y nieta contemplando el mar en el puerto de Wonsan.

Muy cerca del barco se divisan las estatuas de los líderes Kim Il Sung y Kim Jong Il, iguales a la de Pyongyang pero de tamaño más reducido. Al parecer, las hay en cada capital de provincia, mientras que en cada pueblo hay al menos una estatua de Kim Il Sung.

Pido permiso para acercarme a ellas y fotografiarlas y, de paso, disfrutar del ambiente en el puerto. Hay gente por todas partes, jugando al póker sentados o acuclillados en el suelo, paseando y, en definitiva, disfrutando de la agradable tarde que hace. También, en la gran plaza que da al puerto, hay un montón de jóvenes en formación, presumiblemente practicando para algún tipo de desfile o espectáculo coreografiado.

Al acercarnos a las estatuas –situadas en el extremo de una plaza impoluta y donde, al igual que en la colina Mansu de Pyongyang, suena música suave y solemne que sale de unos altavoces camuflados entre los setos–, el camarada Kim me dice que espere, que va a comprar un pequeño ramo para que haga una ofrenda. Yo solo quería sacar la foto, pero está visto que hay que seguir el protocolo y,

> De forma casi accidental, me encuentro de nuevo presentando mis respetos a las estatuas de los grandes líderes, esta vez en Wonsan.

ni corto ni perezoso, repito la ceremonia del otro día: nos arreglamos la ropa, nos dirigimos solemnemente hacia las estatuas y, a unos metros, ellos se detienen y me indican que me acerque a depositar las flores. Tras hacerlo, vuelvo a la posición inicial y, los tres perfectamente alineados, realizamos una reverencia.

Después de la ceremonia, llegamos al hotel, que tiene una apariencia bastante destartalada y antigua por fuera pero cuyas habitaciones son, sorprendentemente, muy confortables. Eso sí, el recepcionista me inquieta un poco: está en todo momento absurdamente atento y, cada vez que me ve dar un solo paso fuera del ascensor, apenas se abren las puertas, enseguida agarra el teléfono sin me-

¡Nieva en las montañas!

esta época del año. Los *checkpoints* en las carreteras, por cierto, son infinitamente más laxos para salir de Kumgang y Wonsan que para entrar.

Llegamos sobre las 12:30 a Pyongyang y estoy molido por el ajetreado trayecto en coche. Después del almuerzo, dedicamos la tarde a algunas actividades que habían quedado pendientes en el programa de visitas. La primera parada, afortunadamente muy breve, es en las oficinas de Air Koryo para confirmar el vuelo de vuelta de mañana. Se trata de una oficina muy solemne, muy "de funcionariado" clásico de los años 1960, con los administrativos (¿burócratas?) ataviados casi al estilo militar y lanzando secas miradas. Comprueban que todo esté en orden y sellan mi billete como "confirmado". A continuación, vamos a visitar la casa de una familia coreana para conversar con ellos.

Charla con un ama de casa coreana

Las vistas de la ciudad desde la ventana del piso. Justo enfrente, la estación central de Pyongyang.

Como parte de este proyecto, solicité poder visitar la casa de una familia coreana y mantener una breve conversación con ellos para que no solo yo, a través de mi propia mirada y sensaciones, sea quien te cuente cómo es la vida en Pyongyang, sino que además sean los propios coreanos los que nos lo digan. Así, mis guías me han llevado a un gran y nuevo edificio de 46 plantas, inaugurado en 2014, y situado en el retrofuturista barrio de Mirae. El piso que visitamos, muy espacioso, está situado en la planta 31 y goza de impresionantes vistas de la ciudad. Me dicen que a este lado de la avenida Mirae se construyeron 1100 viviendas, distribuidas en varios edificios, para otras tantas familias de personal docente de escuelas y universidades de la capital. Al otro lado de la avenida viven científicos e investigadores.

En el momento de la visita solo está presente la señora, de unos 65 o 70 años de edad, ya que su marido y su hijo se encuentran trabajando. Aunque bastante nerviosa no solo por la presencia de un occidental en su casa acompañado de sus dos guías, sino también de otro hombre –al que saludo pero no me presentan formalmente, por lo que no sé quién es ni qué hace ahí– que se sienta cerca de nosotros y no para de tomar notas (no hace falta decir que, como "entrevistador", la escena me intimida bastante), la señora me muestra amablemente su apartamento, muy espacioso y confortable, y después mantenemos esta breve conversación.

Tenía unas cuantas preguntas preparadas de antemano, algunas –muy pocas– de tipo más bien político, pensando que encontraría